

**“...el más pequeño en el Reino de los cielos es más grande que él.” (Mateo 11, 11-15)**

Una vez más nos quedamos perplejos ante lo anticultural de los valores del Reino. Mateo nos refiere el elogio que hace Jesús de su primo Juan el Bautista: *“Os aseguro que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista”* e inmediatamente agrega: *“aunque el más pequeño en el Reino de los cielos es más grande que él.”*

Esa doble lectura, que por un lado reconoce la grandeza de Juan por ser un hombre justo capaz de dar la vida en fidelidad a su misión, y por otro subraya el nuevo paradigma del Reino centrado más en el don que en los méritos personales, desconcertaba a quienes habían tejido una religiosidad centrada en el cumplimiento fiel de centenares de normas y en las prerrogativas que la fidelidad normativa y cultural otorgaba.

En realidad, no sólo los contemporáneos de Jesús quedaron desconcertados. Aún hoy, los cristianos nos debatimos en el dilema que nos plantea el paradigma de la pequeñez evangélica.

Si observamos las expresiones carismáticas del Reino, especialmente a través de las fundaciones de congregaciones religiosas, nos encontraremos siempre con este sello de identidad: lo pequeño y los pequeños, están en el centro actitudinal y motivacional.

Durante siglos la iglesia católica ha mitificado el número. Hasta se hizo una “teología del número”: cuanto más sacramentos se distribuyan, cuantos más templos se construyan, cuanto más grandes éstos sean, cuanto más religiosos y religiosas engrosen las filas de consagrados... más nos acercaremos al proyecto de Dios. Nos olvidamos fácilmente de la parábola del grano de mostaza, de la teología del “pequeño resto” de Israel...

Debemos ser sinceros y reconocer que se trata de un desafío central que exige una actitud de discernimiento constante a nivel personal, institucional, eclesial... He tenido la suerte de vivir en una iglesia de minorías, donde la identidad y la radicalidad evangélica, con toda su carga anticultural, era el mayor patrimonio de los creyentes. Me toca vivir en un contexto donde la manifestación cultural creyente ha sido mayoritaria, uniformizante y que pasa ahora por tiempos de desapego social.

La solución no parece estar en reconquistar espacios de poder, que irremediablemente se van perdiendo, sino en centrarnos en la vivencia comprometida de los valores del Reino.

El Niño de Belén, a quien recibiremos una vez más en esta Navidad que se aproxima, nos reafirma en la opción por lo pequeño. No temamos perder cotas de poder, luchemos por reavivar nuestra identidad evangélica.

Danilo Luis Farneda Calgaro

PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA - COORDINACIÓN PROVINCIAL

